

ALCOHOL Y TABACO: UNA RELACIÓN CONFLICTIVA CON DOS COMPAÑEROS DE RUTA ATRACTIVOS E INDESEABLES POR IGUAL

Gerardo Daniel Castro ■

Centro de Investigaciones Toxicológicas (CEITOX-UNIDEF, MINDEF-CONICET). CITEDEF. Juan B. de La Salle 4397, B1603ALO Villa Martelli, Argentina
Instituto de Investigación e Ingeniería Ambiental, Universidad Nacional de General San Martín. 25 de Mayo y Francia, B1650HMP San Martín, Argentina
E-mail: gcastro@unsam.edu.ar

¿Qué es lo que lleva al hombre a la búsqueda continua de la satisfacción, del placer? No es una pregunta con respuesta sencilla, al menos para un químico. Sin embargo, podría afirmarse que desde siempre en su existencia, la humanidad ha asociado a las sustancias químicas con la solución a esa búsqueda, como si algunas moléculas pudieran resultar antídotos para la ansiedad, la tristeza, la timidez, la angustia, el vacío existencial.

Alcohol y tabaco son dos de esos remedios mágicos, los más populares y deben ser efectivos ya que su permanencia en las culturas y civilizaciones se puede contar por siglos y siglos.

El uso de las bebidas alcohólicas como parte de la dieta se conoce casi desde antes que la misma escritura. Los estudios antropológicos han revelado que las bebidas alcohólicas fermentadas, como el vino y la cerveza, se consumían en los pueblos de Oriente Medio desde hace al menos cinco mil años. Estas bebidas con alcohol, por su naturaleza y sus efectos, se vincularon pronto con lo divino y con los rituales religiosos. Más tarde el hombre aprendió y perfeccionó otros métodos para preparar bebidas con mayor contenido de etanol, con sabores deliciosos, hasta espumantes. A pesar que algunos efectos perjudiciales del beber son muy obvios e inmediatos, el análisis riesgo-beneficio se ha visto complicado por el hecho que también se han descrito propiedades benéficas para algunos componentes de las bebidas alcohólicas e incluso del mismo alcohol.

El tabaco probablemente no es tan antiguo como el alcohol pero no es menos universal. Cuando Cristóbal Colón y sus hombres llegaban a las costas cubanas observaron que los indígenas expulsaban humo por la boca,

un humo que procedía de unos cilindros con hojas secas: el tabaco. Su consumo se asociaba con fines mágicos, religiosos y medicinales. A su regreso, los conquistadores llevaron también el tabaco junto a otros productos y cómo no, el hábito de su consumo. Mucho después, la invención de la máquina para fabricar cigarrillos en tiempos de la Revolución Industrial marcó el comienzo de la difusión masiva del hábito de fumar.

Lamentablemente esa búsqueda del placer a través del alcohol o el cigarrillo viene asociada con problemas serios para la salud, con enfermedades que no son menores y que contribuyen de manera relevante a las causas principales de morbilidad y mortalidad del mundo moderno: las patologías cardiovasculares y el cáncer.

No es fácil la solución aunque lo parezca. La prohibición del consumo o su control estricto han llevado siempre al fracaso o a otros problemas sociales e incluso al delito. Es que años de inteligente publicidad han asociado en nuestro cerebro estos hábitos con el placer, el glamour, la buena vida... ¡y hasta con el deporte! Las celebridades que ilustran la portada murieron por (culpa de) la causa.

Solamente una cosa parece funcionar para combatir estos hábitos tan perjudiciales para la salud y es la educación, a todo nivel.

Con este espíritu es que en Ciencia e Investigación decidimos destinar un número a presentar algunos de los problemas sanitarios derivados de los hábitos de consumir bebidas alcohólicas y de fumar, eligiendo justamente aquellos que podrían no ser tan obvios al lector. La salud reproductiva, la salud infantil, la vinculación con algunos cánceres de alta tasa de incidencia o la afectación de la conducta no constituyen ciertamente los ejemplos clásicos en su imagen sobre la toxicología del alcohol o del tabaco. Por otra parte, tratándose de patologías que requieren un tiempo considerable para su desarrollo, no es casualidad que todos estos problemas tengan su impacto mayor en la juventud. La comprensión de los mecanismos subyacentes en esas enfermedades permite proveer las bases racionales para desalentar estos hábitos adictivos y perjudiciales.

Es en la medida que las personas se convencen de la evidencia científica que muestra un problema, que pueden tomar la decisión de afrontarlo y cambiar.